

ABRIL 2014

HOMILÍAS

SANTA MISA EN EL 400 ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE EL GRECO

S. I. Catedral Primada, 7 de abril

Doménikos Theokópoulos: queremos, hermano, no sólo recordar que se apagó tu vida aquí en Toledo el 7 de abril de 1614; deseamos conmemorar la muerte y resurrección de Cristo, el Señor, y de este modo orar por ti y contigo. Tú sabías bien, aún en los avatares de esta vida, que los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios; y que éste no es un espíritu de esclavitud, sino un Espíritu que nos hace gritar: “¡Abba! (Padre)”.

Tú también viste cómo la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios, que está gimiendo toda entera con dolores de parto. Que es un deseo que en ocasiones vemos muy lejos y que, en ocasiones, nuestro ánimo decae.

Pero, sin duda, muchas veces has experimentado tú, griego de Toledo, que donde está el corazón del hombre, ahí está también su tesoro; y que Dios no acostumbra a negar la dádiva buena a los que la piden. Por eso, porque Dios es bueno y porque es bueno, sobre todo, para los que esperan en Él, le pedimos que estés en su luz –la que tan bien pintaste- y que veas su gloria y goces de los deleites celestiales. Sólo Dios es bueno; por eso, con el salmo reconocemos: “Abre tú la mano, y sacia de favores”, a este nuestro hermano Doménikos.

Sí, tú lo sabes, hemos muerto con Cristo, y mientras vivimos aquí, llevamos en nuestros cuerpos la muerte de Cristo, para que también la vida de Cristo se manifieste en nosotros. Quisiéramos que vivieras ya en plenitud, puesto que todos los bautizados hemos resucitado con Cristo, en esa iluminación bautismal y en la crismación del Santo Espíritu; pedimos que vivas en Él, que subas con Él, para que la serpiente no encuentre ya tu talón para morderlo. Que tú descanses en Dios y contemples su felicidad, que es, en efecto, algo digno de ser celebrado, algo que llena de felicidad y de tranquilidad.

Esa paz y certeza en estar con Cristo resucitado experimentaron los dos discípulos de Emaús, a pesar de su decepción y frustración, porque ya estaban en el tercer día y todo parecía acabado. Esa paz y alegría de Cristo Resucitado, la oíste, sin duda, querido Doménikos, cantar en tu Creta natal, cuando se celebraba la liturgia pascual, tal vez en la divina liturgia de san Juan Crisóstomo.

Esa alegría pascual repetida como saludo –Cristós aneste, allezós aneste- te hizo comprender que semejante alegría no sólo acompañó a Cristo en su humanidad glorificada, sino que desde Él alcanza ya a los que le siguen. Comprendiste que Cristo acompaña a mujeres y hombres, como a los de Emaús, tras su anastasis/resurrección, para que los humanos vean la gloria de la resurrección y no se dejen vencer por el maligno, que es mentiroso, aún en la peripecia vital de cada uno de nosotros.

Hermano Doménikos: en tus obras pictóricas nos dejas ver cómo la luz pascual acompaña a los que son miembros del Cuerpo de Cristo, discípulos que caminan con dificultad pero con energía en la búsqueda de la felicidad que llena el corazón. Sin duda tú también experimentaste la debilidad las limitaciones y habrás orado en ocasiones: “Señor, te he llamado, ven deprisa” (Sal 141, 1), porque sabías de la cercanía de Jesús cuando estamos en la tribulación, porque la tribulación de la Iglesia, que es tu Cuerpo, continúa hasta el fin de los siglos. “Todo cristiano sabe, dice san Agustín, que estas palabras suelen entenderse de la cabeza en Persona. Cuando, en efecto, declinaba el día, el Señor entregó voluntariamente su vida en la cruz, para volver a recobrarla”. Pero también tú sabías que entonces estábamos nosotros allí representados. Pues lo que colgó del madero de la Cruz es la misma naturaleza que tomó de nosotros. Si no, ¿cómo hubiera sido nunca posible que el Padre abandonara a su Hijo único, siendo ambos un solo Dios?

Pero aquella ofrenda de la tarde fue la pasión del Señor, la cruz del Señor, oblación de la víctima salvadora. Aquella ofrenda de la tarde se convirtió, por la resurrección, en ofrenda matinal. Es la que queremos ofrecer en este 7 de abril por ti, por si necesitaras todavía del amor redentor de Cristo para llegar a contemplar la infinita hermosura de la gloria del Padre. Jesús ya te habrá desvelado, como a los de Emaús, las Escrituras. La esperanza se hace grandísima, pues en la carne nos has mostrado que se ve lo invisible. No cabe la desesperanza de la Redención que ha tenido lugar por Cristo.

La comida de Emaús, en este caso, resulta fundamental porque da continuidad a la comida con Jesús anterior a la resurrección e inaugura el banquete de la Iglesia celebrando la Pascua por medio del

sacramento. Todos pedimos para que tú, Doménikos Theokópoulos, estés sentado a la mesa del Banquete Celestial. María, la Madre de Dios, te habrá acogido para llevarte por Cristo al Padre. Que así sea.

DOMINGO DE RAMOS

S. I. Catedral Primada, 13 de abril

El evangelio de san Juan refiere que Jesús celebró tres fiestas de Pascua durante su vida pública: una primera en relación a la purificación del templo (2, 13-25); otra con ocasión de la multiplicación de los panes (6, 4); y, finalmente, la Pascua de la muerte y resurrección, la que se ha convertido en “su gran Pascua, en la cual se funda la fiesta cristiana, la Pascua de los cristianos. Esta es la única que mencionan los tres primeros evangelios.

San Lucas describe la Pascua de la cruz y la resurrección como el camino de Jesús, que sube a Jerusalén en peregrinación desde Galilea. Ciertamente, es una “subida” en sentido geográfico: el mar de Galilea, donde se asienta Cafarnaúm, está aproximadamente a 200 metros bajo el nivel del Mediterráneo, y Jerusalén tiene una altura de unos 760 metros sobre el nivel del mar. Pero también es otro tipo de “subida” de Jesús: la entrega de sí mismo en la cruz, una entrega que reemplaza los sacrificios antiguos. Esta ascensión de Cristo hasta la presencia de Dios pasa por la cruz, y es subida hacia “el amor hasta el extremo” (cfr. Jn 13, 1), que es el verdadero monte de Dios.

Al llegar al monte de los Olivos, la gente que iba con él peregrinando para la fiesta siente si no será acaso Jesús el nuevo David, y si con su llegada a la ciudad santa, ¿no habrá llegado la hora en que ese hijo de David restablezca su reino mesiánico? ¡Hosanna al hijo de David! Pero Jesús entra en la ciudad montado en un borrico prestado, que inmediatamente después devolverá a su dueño: ¿cómo va a ser éste el Mesías sin signos aparentes de poder? Es cierto, se trata de un extraño modo de mostrarse rey. Pero Jesús, sin embargo, reivindica un derecho regio. Quiere que se entienda su camino y su actuación sobre la base de las promesas mesiánicas del AT, que se hacen realidad en Él. El AT habla de Él; Él actúa y vive de la Palabra de Dios, no según sus propios programas y deseos.

De manera que sus pasos, aunque pudieran ser mal interpretados, son un caminar por la senda de la Palabra de Dios. Al mismo tiempo, las palabras que hemos escuchado antes de iniciar nuestra procesión (“Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de acémila”) excluyen una interpretación de esta entrada en Jerusalén “celota” de la realeza, esto es, violenta, como si se tratara de una insurrección militar contra Roma que ese grupo religioso judío predicaba en tiempos de Jesús. Su poder es de carácter diferente: reside en la pobreza, en la paz de Dios, que Cristo considera el único poder salvador.

“¡Hosanna!” es una exclamación de júbilo, aunque originariamente la expresión hebrea signifique: “¡Ayúdanos!”. “¡Hosanna al Hijo de David!” porque “La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero”. ¿Queréis, hermanos, participar de esta salvación, que está dispuesta para nosotros también este año? No estéis preocupados sólo por lo exterior de esta Semana. No dejéis pasar la ocasión de acercaros al Señor y de recibir su perdón, la reconciliación de los pecados que nos aleja de Cristo y de la Iglesia. Confesemos nuestras culpas y abracemos al Cristo muerto y resucitado que nos da nuevas razones para vivir como Él vivió. Ahí está nuestra alegría y nuestra felicidad al vivir la renovación pascual.

En Jerusalén va a consumir Jesús el sacramento de la Pascua judía, observada fielmente hasta entonces. Él mismo dará la Pascua nueva a los suyos cuando, apresado en el monte de los Olivos, sea puesto a prueba por sus enemigos y crucificado al día siguiente. Cinco días antes de su pasión, quiere llegar a la ciudad. Esto demuestra que Él es el Cordero inmaculado que viene a quitar el pecado del mundo; es el Cordero pascual que, inmolado, libera al nuevo Israel de la esclavitud de Egipto.

Cinco días antes de su pasión, sus enemigos deciden su muerte de manera irreversible. Esto significa que nos canjea a todos por su sangre. Hoy, en la alegría y júbilo de un pueblo que lo rodea y que lo aclama, entra en el templo de Dios. El mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús sufrirá por la salvación del género humano: por eso descendió del cielo a la tierra y ahora quiere acercarse al lugar de su pasión. No nos engañemos, hermanos, así queda claro para todos que Él va a sufrir su pasión por su propia voluntad, no a la fuerza.

La Iglesia lo saluda como al que ahora viene, el que ha hecho su entrada en ella. Y lo saluda al mismo tiempo como Aquel que sigue siendo el que ha de venir y nos prepara para su venida. Se nos invita a ir hacia Él como peregrinos. Si queremos, Él sale a nuestro encuentro y nos incorpora a su “subida” hacia la

cruz y la resurrección, hacia la Jerusalén definitiva que, en la comunión con su Cuerpo, que es la Iglesia, ya se está desarrollando en medio de este mundo. ¿Quieres entrar en esta dinámica? ¿Quieres participar en este misterio de salvación o serás otra vez mero espectador?

SANTA MISA CRISMAL

S. I. Catedral Primada, 16 de abril

Querido hermanos:

Esta celebración es sin duda emotiva porque toca al corazón de la comunidad eclesial y afecta a lo más profundo de conciencia de los sacerdotes, nosotros, escogidos por Cristo para representarle en su Iglesia, de modo que por medio de nuestra carne y sangre Él actúe su salvación de los hombres.

Os saludo, pues, a todos cuantos formáis parte del presbiterio de Toledo, presbíteros seculares o religiosos, y al orden de los diáconos. Te saludo a ti, hermano obispo, don Ángel, que compartes conmigo el cuidado de fieles laicos, religiosos y sacerdotes, en tu primer año de ordenación episcopal. Ni que decir tiene que mi saludo quiere llegar a todos los fieles laicos y consagrados, y no sólo a los que aquí vivís esta Eucaristía singular. No quiero tampoco olvidar a cuantos presbíteros no han podido venir por distintos motivos, a los enfermos, a los que sufren, a nuestros sacerdotes mayores.

Hoy es día para vivir que Dios se ha hecho hombre, se ha encarnado en nuestra historia, de modo que se inserta y se hace presente en nuestra vida, en nuestros pensamientos y sentimientos. ¿Creemos esto? Yo lo creo y la presencia del óleo para Catecúmenos, Enfermos y el Crisma Santo me hace ver la realidad carnal de Cristo y de la Iglesia, frágil pero poderosa contra el mal y el daño que el pecado, el Demonio y la vida sin Dios hace en nosotros. Cristo no es sólo un sacerdote que, desde el cielo, interceda por nosotros; no sólo es un Dios a quien le complace ser invocado por los hombres. Es “Jesucristo en nosotros”. Su historia, pues, no ha concluido: está abierta a nuevos horizontes.

¿Nos impulsa Cristo a nuevas metas o estamos parados como si ya estuviera todo hecho, cerrados a nuevas aventuras del Espíritu? La historia del cristianismo continúa hoy, siempre nueva porque es nuestra historia. Recordad aquello que decía san Agustín: “Jesucristo ora por nosotros, ora en nosotros”. Me gustaría que viéramos la importancia del aceptar cómo el mayor don que Dios podía conceder a los hombres es hacer que su Verbo eterno, por quien creó todas las cosas, fuera cabeza de ellos, de nosotros, y que nos ha unido a Él como miembros suyos, de manera que el Hijo de Dios fuera también hijo de los hombres, un solo Dios con el Padre, un solo hombre con los hombres. Y así cuando hablamos con Dios en la oración, el Hijo está unido a nosotros, y, cuando ruega el Cuerpo del Hijo, lo hace unido a su cabeza; de este modo, el único Salvador de su cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ora por nosotros, ora en nosotros, y, al mismo tiempo que es Él a quien dirigimos nuestra oración, el Hijo, lo hace unido a su Cabeza; de este modo, el único salvador de su cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ora por nosotros, ora en nosotros, y al mismo tiempo es Él a quien dirigimos nuestra oración.

A nadie se le oculta los beneficios que esta hermosa realidad comporta para los hijos de la Iglesia. Sin olvidar los beneficios para los fieles laicos y los consagrados, me gustaría poner de relieve alguna consecuencia para nuestra vida concreta de sacerdotes de Jesucristo:

Oramos a Cristo, pues Él no es ni debe ser persona lejana a nuestra vida cotidiana, a sus muchos avatares: Cristo debe conocer antes que nadie qué nos pasa, cuáles son nuestras alegrías y penas, nuestros proyectos y lo que calificamos tantas veces de “fracasos” pastorales. ¿Es difícil hablar con Cristo de nuestra intimidad? ¿Nos cuesta, tras orar, hablar de mi ser íntimo sacerdotal con otros sacerdotes? ¿Preferimos hablar, cuando estamos juntos, de todo, menos de lo importante, de lo que de verdad nos afecta? No me estoy refiriendo sólo a la dirección espiritual, por supuesto. Tal vez mucho “chismorreos clerical”, muchas quejas cambiarían de tono, cuando hablamos de Cristo, de nuestra vocación y de nuestra acción evangelizadora.

Oramos por Él y en Él. No estamos solos en esta aventura de re-presentar a Cristo cabeza a favor del resto del Pueblo de Dios. Será siempre arduo el diálogo, la oración íntima con Cristo, pero es siempre una inmensa puerta a grandes horizontes, a búsqueda de nuevos caminos o a conformarnos con Él, para no caer en la soledad porque a Él hemos entregado nuestro corazón de manera indivisa, pese a nuestros pecados. Pido para todos nosotros una fortaleza especial del Espíritu en este momento preciso de nuestra vida, porque sé las dificultades del ministerio y las tentaciones a que nos somete el mundo para que no continuemos el testimonio de Jesucristo, el testigo fiel. Él es siempre el primogénito de entre los muertos,

el príncipe de los reyes de la tierra. Es aquel que nos ama y nos ha librado de nuestros pecados por su sangre. Y con nuestros hermanos laicos y consagrados nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre.

Hablamos con Él y Él habla en nosotros. ¿Qué importa que no nos escuchen, que encontremos tanta apatía, o que nos juzguen mal? ¿Qué importa que no nos consideren bien o que encontremos tanta resistencia a la evangelización? Hablamos con Él y Él habla en nosotros. No tenemos por qué refugiarnos en “nuestras cosas”, en los recursos fáciles pastorales, en cumplir o guardar la imagen de un clérigo alejado de las cuestiones vitales de los hombres. En ocasiones creemos que, aislándonos en castillos interiores, solucionamos todo. No tengáis miedo de ser muy curas y muy cercanos, misericordiosos y cerca de los que sufren o necesitan rechazar una vida como “si Dios no existiera”.

Somos esperanza para nuestro pueblo, porque hemos sido ungidos; pero no sólo por haber sido ungidos, sino por ser siervos de Cristo que dio buena noticia a los que sufren, vendó corazones desgarrados, consoló a los afligidos. La unción que sólo sirve para mantenerse en un status, viendo los toros desde la barrera, trae malas consecuencias y corazones abatidos y tristes. La unción sirve para que los llamados al Reino, los que están dentro y los que están fuera se encuentren con Jesucristo, y nos capacita para persuadir qué bueno es Cristo para la vida de hombre y mujeres.

Permitidme en este día, hermanos sacerdotes exhortaros y exhortarme a aceptar los desafíos a los que todos nos enfrentamos en medio de nuestra cultura globalizada, precisamente porque estoy persuadido de la valía de vuestras personas y de la enorme contribución de la Iglesia en el mundo actual. Otra cosa es que ello se reconozca o no. Son tantos los sacerdotes que dan la vida por sus hermanos que, los que nos sintamos mediocres no debemos rehusar avanzar con más velocidad. Ese testimonio nos hace mucho bien y nos sostiene en nuestro deseo de superar el egoísmo para entregarnos más. Necesitamos, hermanos sacerdotes, “crear espacios motivadores y sanadores” (EG 77) entre nosotros, “lugares, espacios donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia”.

Necesitamos no confundir la vida espiritual con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio, pero que no alimentan el encuentro con Cristo y los demás, ni el compromiso con el mundo, ni la pasión evangelizadora. Necesitamos también alejarnos del individualismo y trabajar pastoralmente juntos. Debemos mostrar una vida cristiana honda y ejemplar porque Dios existe, precisamente porque hay tantos que actúan como si Dios no existiera, soñar como si los demás no existieran, como si los pobres no existieran. Necesitamos una actividad misionera y pastoral, que no son actividades y actividades mal vividas, que nos cansan y a veces nos enferman. Hay un cansancio feliz; pero también un cansancio por contar poco con los demás y sobre todo con el Espíritu Santo.

Termino, hermanos. “La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. Jn 16, 22). Los males de nuestro mundo –y los de la Iglesia– no deberían ser excusa para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer. Además, la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad (...). Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse en agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña. A los cincuenta años del Concilio Vaticano II, aunque nos duelan las miserias de nuestra época y estemos lejos de optimismos ingenuos, el mayor realismo no debe significar menor confianza en el Espíritu ni menor generosidad”. Son palabras del Papa Francisco en EG 84”. Dios os bendiga y os guarde.

JUEVES SANTO: SANTA MISA DE LA CENA DEL SEÑOR

S. I. Catedral Primada, 13 de abril

La Pascua judía era y sigue siendo una fiesta familiar. No se celebraba en el templo, sino en la casa. Ya en el libro del Éxodo (primera lectura), en el relato de la noche oscura en que tiene lugar el paso del Señor, aparece la casa como lugar de salvación, como refugio. Por otra parte, la noche de Egipto es imagen de las fuerzas de la muerte, de la destrucción, y del caos, en lugar inhabitable. En esta situación, la casa y la familia ofrecen protección y abrigo.

También en tiempos de Jesús se celebraba la Pascua en las casas, en las familias, luego de la inmolación de los corderos en el templo. Los que estaba en Jerusalén estaba prohibido que abandonaran la ciudad en la noche de Pascua. Toda la ciudad se consideraba lugar de salvación contra el caos, y sus muros eran

como diques que defendieran la creación de Dios. Por esta razón, por Pascua, todo Israel debía acudir en peregrinación a la ciudad santa, para volver a sus orígenes, para ser creado de nuevo, para recibir otra vez su salvación, su liberación y fundamento. A lo largo de un año, un pueblo se halla siempre en peligro de disgregarse, no sólo exteriormente, sino también por dentro, y de perder así las bases interiores que lo sustentan y rigen.

También Jesús celebró la Pascua conformándose al espíritu de esta prescripción: en casa, con su familia, los apóstoles, su nueva familia. Obrando de este modo, obedecía también a un precepto entonces vigente, según el cual los judíos que acudían a Jerusalén podían establecer asociaciones de peregrino, que por aquella noche constituían la casa y la familia de Pascua.

Estamos, hermanos, describiendo cómo la Pascua ha venido a ser una fiesta de los cristianos. En realidad, nosotros somos la asociación de peregrinos (jaburaj) de Jesús, su familia, la que Él fundó con sus compañeros de peregrinación, con los amigos que con Él recorren el camino del Evangelio a través de la tierra y de la historia. Nosotros somos su casa, y de esta suerte la Iglesia es la nueva familia y la nueva ciudad, que es para nosotros lo que fue Jerusalén para los judíos: casa viviente que aleja de las fuerzas del mal y lugar de paz que protege a la creación y a nosotros mismos.

Las murallas de esta Jerusalén se hacen fuertes en virtud del signo de la sangre de Cristo, es decir, en virtud del amor que llega hasta el fin y que no conoce límites. Este amor de Jesús es el que lucha hoy contra el caos; es la fuerza creadora que funda continuamente al mundo, los pueblos y las familias, y de este modo nos ofrece *la paz/shalom*, un lugar de paz, en el que podemos vivir el uno con el otro, el uno para el otro.

Pienso que en nuestro tiempo también existen razones para reflexionar y ver cómo en nuestra sociedad se da igualmente la fuerza del caos. Hemos muy recientemente visto cómo un pueblo, nuestra sociedad, que aspiraba, a la cúspide del bienestar, de la capacidad técnica y del dominio científico del mundo, puede ser destruido por dentro. Es una experiencia más de cómo la técnica y el dinero no pueden por sí solos alejar la capacidad destructiva del caos, que aparece en la injusticia, pero también en los suicidios, muertes violentas, terrorismo, robos, violencia doméstica, luchas partidarias y partidistas, odio entre hermanos o compatriotas, luchas, en el fondo, tribales, guerras.

Únicamente puede oponerse a la fuerza del caos las murallas auténticas que el Señor ha construido y la nueva familia que nos ha dado, abierta a todo el mundo. Esta fiesta pascual, pues, tiene en este sentido una importancia política eminente, en el más profundo de los sentidos de esta palabra. Nuestros pueblos de Europa tienen así necesidad de volver a los fundamentos espirituales si no quieren dirigirse a la autodestrucción. Esta de Pascua, de la que Jueves Santo es su pórtico, debería volver a ser hoy una fiesta de familia, una forma de defender a la humanidad.

Para ello debemos añadir que la familia/Iglesia, lugar de la humanidad, abrigo de la criatura, únicamente puede subsistir cuando ella misma se halla puesta bajo el signo del Cordero, cuando es protegida y congregada por el amor de Cristo. La familia aislada no puede sobrevivir; se disuelve sin remedio si no se inserta en la gran familia, que le da estabilidad y firmeza. Ésta ha de ser la noche en la que rehacemos el camino que conduce a la nueva ciudad, a la nueva familia, a la Iglesia. Es día de reconciliación, de confesar los pecados, pues en esta noche deberíamos aprender de esta familia de Jesús a conocer mejor a la familia humana y a la humanidad que ha de guiarnos y protegernos.

Pero esta fiesta ha traído siempre a la memoria que, aunque tenemos casa, seguimos siendo nómadas, como el antiguo Israel; como hombres y mujeres que somos, nunca nos hallamos definitivamente en casa, estamos siempre con un pie en el estribo. Y pues vamos de camino y nada nos pertenece, todo cuanto poseemos es de todos y nosotros mismos somos el uno para el otro. Es la enseñanza de Jesús, su mandato nuevo. La Iglesia primitiva tradujo la palabra *Pasja* como “paso”, y expresó de este modo el camino de Jesucristo a través de la muerte hasta la vida nueva de la Resurrección. Esta es la última Eucaristía hasta el Domingo de la Pascua.

Así que esta fiesta sigue siendo para nosotros fiesta de peregrinación. Somos únicamente huéspedes en la tierra, y todos somos huéspedes de Dios. Por eso se nos exhorta a sentirnos hermanos de aquellos que son huéspedes. El Señor, que se hizo Él mismo huésped y nómada, nos pide que nos abramos a todos aquellos que en este mundo han perdido la patria; espera de nosotros que nos pongamos a disposición de los que sufren, de los olvidados, de los encarcelados, de los perseguidos. Este es el punto de vista desde el que debemos entender la tierra, nuestra vida misma, el ser uno para el otro. Lo que verdaderamente cuenta no es lo que *tenemos*, sino lo que *somos*, personas que se han dado recíprocamente la paz, la patria, la familia y la nueva ciudad.

La Pascua se celebra en casa. Así lo hizo también Jesús. Pero era la noche en que iba a ser entregado y fue así, porque Él se levantó de la mesa y salió fuera, al otro lado del torrente Cedrón, extramuros. No tiene miedo al caos, no quiere esquivarlo, entrega su vida, es más fuerte que mal disgregador, el Diablo y la muerte. Y porque Él penetró en ese caos, nosotros, que le seguimos a Él, también lo afrontamos con confianza, porque las murallas de la Iglesia son la fe y el amor de Jesucristo.

Cristo baja a la noche de la cruz, a la noche del sepulcro, porque su amor lleva en sí el amor de Dios, que es más poderoso que las fuerzas de la destrucción. Su victoria, por tanto, se hace real justamente en este salir, en el camino de la Pasión, de suerte que, en el misterio de Getsemaní, se halla ya presente el misterio del gozo pascual. Él es el más fuerte; no hay potencia que pueda resistirle ni lugar que no llene con su presencia. Nos invita a nosotros a emprender el camino con Él, pues donde hay fe y amor allí está Él, allí la fuerza de la paz, que vence la nada y la muerte.

Y un último pensamiento en esta hermosa tarde del Jueves Santo. Al finalizar la liturgia, la Iglesia imita el camino de Jesús trasladando al Santísimo desde el altar a una capilla lateral, que representa la soledad de Getsemaní, la soledad de la mortal angustia de Jesús. En esta capilla rezan los fieles; quieren acompañar a Jesús en la hora de soledad. Este camino de Jueves Santo no ha de quedar en mero gesto y signo litúrgico. Ha de comprometernos a vivir desde dentro su soledad, a buscarle siempre, a Él, que es el olvidado, el escarnecido, y a permanecer a su lado allí donde los hombres y mujeres se niegan a reconocerle.

Este camino litúrgico nos exhorta a buscar la soledad de la oración. Y nos invita también a buscarle entre aquellos que están solos, de los cuales nadie se preocupa, y renovar con Él, en medio de las tinieblas, la luz de la vida, que “Él” mismo es. Porque es su camino el que ha hecho posible que en este mundo se levante el nuevo día, la vida de Resurrección, que ya no conoce la noche. En la fe cristiana alcanzamos esta promesa. Amén.

VIERNES SANTO: CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

S. I. Catedral Primada, 18 de abril

Queridos hermanos:

Partiendo del sentido de la justicia, que pasa por ser una de las grandes conquistas de la modernidad, ¿qué significa celebrar una muerte violenta, como la de Jesús, resultante de una crucifixión? Ésta, junto con la cremación y la condena a ser entregados a las bestias, era el castigo más horrible que preveía el derecho romano para traidores al Estado, sediciosos, grandes criminales y esclavos. “Mors turpissima crucis”: he aquí la muerte que murió Jesús.

¿Deberemos hacer memoria eterna de ella celebrándola o más bien olvidarla para siempre, como olvidamos los grandes errores y horrores, ahora que somos “tan civilizados y modernos”? La muerte de Jesús es un hecho, que hay que fijar con todo rigor histórico en su contexto y causas. Se trata de la muerte de alguien que pasó haciendo el bien; es también un signo, porque Jesús consumó su vida en el servicio, amor y perdón para quienes le entregaban; pero igualmente es un misterio, porque el que muere, Jesús, es el que se ha mostrado Hijo de Dios, que ha asumido nuestra historia, compartiéndola y remidiéndola desde dentro de ella.

Un Dios que decidió ser compañero de alianza del ser humano, compartiendo nuestro destino, sanándolo y abriéndolo a una vida indestructible. Lo que estamos diciendo, hermanos, es que Dios se ha hecho vulnerable como nosotros. La filosofía y otras religiones consideran a Dios inmutable, impassible y por eso lejos del hombre. El Dios cristiano, manifestado en Cristo, es el Dios humilde y vulnerable que acompaña al hombre hasta el final para compartir su historia e intercambiarla: yendo de su vida a nuestra muerte y llevándonos de nuestra muerte a su vida. ¡Dios vulnerable y vulnerado por el hombre, pero no anulado por él! Dios es siempre mayor.

Esto es lo que los cristianos veneramos en la muerte de Cristo: que la justicia suprema no es justiciera, sino que se ha revelado como misericordia; que a nuestras culpas Dios no ha reaccionado con la venganza, sino con el perdón. ¿Qué sería de nosotros sin la misericordia de Cristo? Pensadlo, hermanos, en esta tarde en que pedimos indulgencia y misericordia. Desde ella hemos descubierto el poder mortífero de la mentira, el egocentrismo, el odio, la venganza.

Con su perdón, sin embargo, Cristo ha desenmascarado nuestras culpas. Por eso la celebración de la pasión ha fascinado a los hombres y mujeres y han querido ser cofrades, costaleros, hermanos, caminando

bajo el peso de los pasos. Quizá sin saber explicarlo muy bien, somos así conscientes del propio pecado, y lo confesamos sin palabras y acogiendo el perdón del Santo Cristo que no nos condena, pero que tampoco trivializa el mal y la culpa. Esa presencia pública en silencio o en tambores, en espectadores o en actores, no deja de ser una súplica de perdón y un gesto de acción de gracias.

Al mirar a Cristo en la cruz con los brazos abiertos vemos al que ha participado en nuestro dolor y nos asume en su resurrección. Por eso renunciar a la celebración de la pasión sería, hermanos, renunciar al signo supremo del amor de Dios, algo muy serio; sería negar nuestras culpas, renunciar a la confesión y al perdón, que son dos necesidades supremas del hombre. Reprimirlos es condenar al ser humano.

Sí, hermanos, lo más sagrado puede ser mal comprendido, desfigurado y pervertido. La muerte de Jesús no fue necesaria ni física, ni jurídica ni socialmente. Dios no quiere la muerte de nadie ni necesita sangre. Dios no es déspota, sádico o vengativo. Todas esas imágenes proyectadas sobre Él son su degradación y profanación máximas. Jesús tampoco es el chivo expiatorio, mediante cuya expulsión de la ciudad ésta descargaría sus tensiones y recobraría la paz.

La muerte de Jesús fue el resultado de tres libertades. Una, la libertad de quienes le entregaron: la traición directa de Judas, el plegamiento cobarde del pueblo ante la sentencia del Sanedrín, y la culpabilidad final de Pilato. Otra, la propia libertad de Jesús, que fue a la muerte no como un ingenuo, un fanático o un suicida, sino con la clara conciencia de quien cumple una misión: la de hacer presente a Dios en el mundo y mostrar que su palabra es más fuerte que la muerte. “Nadie me quita la vida; soy yo quien la pongo, por los muchos, para rescatarlos de sus pecados”. Y finalmente, fue fruto la muerte de Jesús de la libertad del Padre: “tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo, para que el mundo no perezca, sino que tenga la vida”.

Al celebrar hoy esa muerte quedamos identificados siendo interrogados: ¿de qué lado estamos, si de los traidores, de los que huyen por miedo o de los que van fieles hasta el final? La historia de la pasión, hermanos, es un relato tan incisivo, tan tajante en su insuperable sobriedad, tan identificador de las personas, que, sí, es la historia de amor más bella del mundo; pero también más peligrosa, porque lo que hemos hecho en nuestra vida con otros hombres y mujeres, lo que estamos haciendo hoy, es lo que habríamos hechos con Jesús si hubiéramos estado entonces allí.

Hermanos: contemplar su muerte se nos convierte en el espejo de nuestra vida y nos lleva a reconocernos también culpables. ¡Ay de los que se creen inocentes y con las manos limpias! Tendré que confesar: “Yo también soy responsable, y más que nadie” “Oh muerte de Cristo, que traes la vida, la gracia, me refugio a la sombra de tus alas. Muerte de donde brota la vida, ay, que una suave chispa de tu amor vivificante arda en mí para siempre (...) Oh muerte de Cristo, que amo de todo corazón, tú eres la confianza espiritual de mi corazón (Santa Gertrudis de Helfta, siglo XII, Ejercicios, VII, 9).

SOLEMNE VIGILIA PASCUAL

S. I. Catedral Primada, 19 de abril

En el inicio de la Noche Pascual, sentimos la presencia de Cristo resucitado. Los catecúmenos que están en medio de nosotros para recibir la vida nueva en los sacramentos pascuales; los hermanos de dos comunidades Neocatecumenales que, acabada su reiniciación bautismal, han querido venir a la Iglesia Catedral, madre de todas las iglesias diocesanas; los padres cuyos bebés serán esta noche bautizados; los niños en edad escolar que nacerán como cristianos en el Bautismo y la Eucaristía; los que finalizan su iniciación cristiana con la fuerza del Espíritu y la Comunión eucarísticas; y todos cuantos esta noche renovamos el santo Bautismo, la vida nueva en Cristo por la acción del Espíritu Paráclito nos sentimos mimados por el amor del Padre manifestado en Cristo muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación.

Hemos aprendido en esta última Cuaresma algunas lecciones de nuestro Maestro, Cristo. Por ejemplo, fue sin duda digno de admiración el hecho de que el ciego de nacimiento recobrarla la vista en Siloé; pero, ¿en qué benefició esto a todos los ciegos del mundo? Fue algo grande la resurrección de Lázaro, cuatro días después de muerto; pero este beneficio la afectó a él únicamente, pues, ¿en qué benefició a los que en todo el mundo estaban muertos por el pecado? Fue cosa admirable el que 5 panes bastaran para alimentar a los cinco mil hombres; pero, ¿en qué benefició a los que en todo el mundo se hallaban atormentados por el hambre de la ignorancia? Cristo prometió el agua que salta hasta la vida eterna a aquella mujer de Samaría, pero, ¿quién nos la da a nosotros, sedientos de los infinito? Fue maravilloso que aquella mujer,

que durante 18 años Satanás tenía ligada por la enfermedad, fuera liberada; pero, ¿de qué nos sirvió a nosotros, que estábamos ligados con las cadenas de nuestros pecados?

¡Ah, hermanos! Es verdad todo esto que expresamos. Pero todas esas maravillas son también posibles para nosotros de manera más intensa por la Cruz y la Resurrección de Jesucristo. No ha muerto por nosotros un hombre cualquiera, sino el Hijo de Dios, hecho hombre. No ha resucitado Jesús de la muerte real que sufrió, como si este suceso sólo le afectara a Él. No. Los sacramentos pascales (Bautismo y Eucaristía) han brotado del costado de Cristo, pero, porque Él ha resucitado y nos ha alcanzado su presencia sanadora y liberadora, nosotros vivimos y, aunque ciertamente muramos, no moriremos para siempre.

Los que hemos llegado a ser hijos de Dios y hemos sido hallados dignos de renacer de lo alto por el Espíritu Santo, poseemos en nosotros a Cristo; y Él nos ilumina y nos crea de nuevo. Y, además, nos guía por el Espíritu de muchas y variadas maneras. No lo dudéis, hermanos ya bautizados y los que lo seréis en breves momentos: nuestros corazones son conducidos de manera invisible pero real por la acción de gracias que esta noche entonamos como si fuera la primera vez, como recién nacidos o nacidos de nuevo.

Estos son los bienes pascales que la Escritura Santa promete a los fieles cuando dice: “Lo sabroso de la tierra comeréis”. Hemos muerto con Cristo y llevamos, por eso, en nuestros cuerpos la muerte de Jesús; pero para que también la vida de Cristo resucitado se manifieste en nosotros. Por consiguiente, no vivimos ya nuestra propia vida, sino la vida de Cristo, vida de inocencia, de castidad, de sinceridad y de todas las virtudes, que no son sólo valores al uso.

Os digo, hermanos: Puesto que hemos resucitado con Cristo, vivamos con Él, para que la serpiente no encuentra en la tierra nuestro talón para morderle. Bautismo y Eucaristía son, en efecto, los dos modos a través de los cuales los hombres podemos ser incorporados al espacio vital de Jesucristo. El Bautismo significa que un hombre o una mujer se hacen cristianos y se pone bajo el nombre de Jesucristo. Y este estar bajo un nombre significa mucho más que un simple juego de palabras.

Lo que significa podemos entenderlo mejor a partir del acontecimiento del matrimonio y la comunidad de vida que se instituye entre dos personas como expresión de la unión recíproca de su ser, que tiene lugar justamente en el matrimonio. Sí, a pesar de la crisis de nupcialidad en que vivimos, el Bautismo nos une al nombre y la persona de Cristo, y significa exactamente un acontecimiento similar al matrimonio entre esposa y esposo: compenetración de nuestra existencia con la suya, inclusión de nuestra vida en la suya.

La Eucaristía es a su vez comunión de mesa con el Señor, que nos quiere transformar en Él para conducirnos el uno hacia el otro, ya que todos comemos el mismo pan. En efecto, no somos nosotros los que asumimos el cuerpo del Señor, sino que es Él quien nos saca, por así decirlo, de nosotros mismos y nos incorpora a Él para hacernos Iglesia, su Esposa. San Juan hace remontar los dos sacramentos pascales a la Cruz; los ve manar del costado abierto del Señor.

El costado abierto se convierte de nuevo en el símbolo de la nueva apertura que el Señor viene a construir mediante su muerte: la barrera de su cuerpo ya no lo ata, sangre y agua corren a través de la historia y llega hasta nosotros. En la muerte del Señor se ha cumplido el destino de la semilla del trigo: caída en tierra, muere, pero produce el ciento por uno y se hace pan. Vivimos continuamente de este fruto de la semilla de trigo muerta: en el pan de trigo de la Eucaristía recibimos la inagotable multiplicación de pan del amor de Jesucristo, suficiente para saciar el hambre de todos los tiempos.

Pero Cristo quiere asumirnos también a nosotros al servicio de esta multiplicación de panes. Los dos panes de cebada de nuestra vida podrán parecer inútiles, pero el Señor necesita de ellos y los exige. Es decir, se nos exige que penetremos en el sentido de este perderse, en el cual entendemos esas espléndidas palabras de Jesús: “Quien quiera conservar su vida la debe perder; pero quien la pierda por mi nombre y por el Evangelio, la conservará”. Creer, en última instancia, no es otra cosa que decir sí a esta santa aventura de perderse y precisamente no es otra cosa que amor auténtico.

Del cuerpo traspasado del Crucificado manó sangre y agua. Parece al principio un signo de muerte, expresión de un fracaso de Cristo en el abismo de la muerte, pero es un nuevo comienzo: el Resucitado surgió resucitando y no morirá más... De la profundidad de la muerte se alza la promesa de la vida eterna. Cristo brilla para siempre en el esplendor de esta noche santa y de la luz victoriosa de la Mañana de Pascua. Es la alegría pascual, la alegría del Evangelio. Hay que disfrutarla con los que han terminado su reiniciación cristiana y con los que serán en pocos instantes neófitos, recién nacidos en Cristo. Aleluya, hermanos, la vida de Cristo nos rodea. Feliz Pascua.

DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

S. I. Catedral Primada, 20 de abril

“Manifestemos nuestra alegría, hermanos, hoy como ayer. Si las sombras de la noche han interrumpido nuestras fiestas, el día santo no ha terminado: la claridad que propaga la alegría del Señor es eterna. Cristo nos iluminó ayer, y hoy todavía resplandece su luz. *Jesucristo es el mismo ayer y hoy (...)*. Sí, para nosotros Cristo ha nacido. Para nosotros ha nacido hoy, según lo anunciado por Dios por boca de David (...). Él es nuestro hoy; el pasado huyó, se escapó; el futuro desconocido no tiene secretos para Él. Luz soberana, abraza todo, lo sabe todo, en todo tiempo está presente y lo posee todo. Hoy no es sólo el tiempo en que la carne nació de la Virgen María, ni sólo el tiempo en que la divinidad sale de la boca de Dios, su Padre, sino el tiempo el tiempo en que ha resucitado de entre los muertos: *Él ha resucitado a Jesús, así está escrito: “Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy”, dice el apóstol Pablo*” (San Máximo de Turín, *Sermón 36. PL 57, 605*).

Éste es el día que hizo el Señor: la Pascua. Cristo os da la paz, renovados nuestros Bautismo, nuestra Iniciación Cristiana, y perdonados nuestros pecados. Alegraos niños y jóvenes, esposos y sacerdotes, grandes y pequeños: “Cristo ha resucitado; ha resucitado de verdad”. Aleluya es nuestro cántico. Damos gracias al Padre de los cielos. Hoy es cuando se cumple aquello que dice: “Mirad que llegan días –oráculo del Señor- en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. Pondré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande” (Jer 31,31-34).

Sería un gran error, pues, que entendiéramos lo que somos (Pueblo de Dios, Iglesia santa) como algo futuro, lejano a nuestra historia y sólo plenamente entendido en la resurrección final. No, hermanos. Es verdad que la salvación de Dios en Cristo siempre está en germen, necesitada de crecimiento, consolidación y apoyo. Pero en Dios lo importante no es la cantidad, ni siquiera el número, sino el ser. Y nuestro ser es que somos el Pueblo con el que Cristo estableció el pacto nuevo, en Nuevo Testamento en su sangre, convocándonos como pueblo de entre los judíos y los gentiles. Este Pueblo se condensa en unidad no según la carne, sino en el Espíritu. Somos el nuevo Pueblo de Dios.

Los que creemos en Cristo, en efecto, --renacidos de germen no corruptible, sino incorruptible, por la palabra del Dios vivo, no de la carne, sino del agua y del Espíritu santo--, somos *linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo adquirido por Dios*.

Abundemos, pues, es explicar quiénes somos, hermanos. Somos **pueblo mesiánico que tiene por Cabeza a Cristo**, *que fue entregado a la muerte por nuestros pecados, y resucitado para nuestra justificación*. Este Cristo, Cabeza nuestra, tiene un nombre sobre todo nombre, ha triunfado y nos asocia a su triunfo, y reina ya gloriosamente en los cielos. **Poseen** los que formamos este pueblo, esta Iglesia, **la dignidad y libertad de los hijos de Dios**, y en nuestros corazones habita el Espíritu Santo como en un templo.

Tiene, por último, este pueblo como fin la dilatación del reino de Dios, comenzado ya por el mismo Dios en la tierra, hasta que sea lleva a su fin por Él mismo al fin de los tiempos, cuando este Cristo, vida nuestra, se manifieste, *y la creación misma se vea liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios*. “Este pueblo mesiánico, por tanto, aunque de momento no contenga a todos los hombres y muchas veces aparezca como una pequeña grey, es, sin embargo, el germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano (...) Así como el pueblo de Israel según la carne, cuando peregrinaba por el desierto, fue llamado ya alguna vez Iglesia de Dios, así el nuevo Israel, que va avanzando en este mundo hacia la ciudad futura y permanente, es llamado también Iglesia de Cristo, porque Él la adquirió con su sangre, la llenó de su Espíritu y la proveyó de medios aptos para una unión visible y social” (LG 9).

Cristo nos ha salvado individualmente; cada uno de nosotros ha sido amado por sí mismo y recibimos personalmente la vida resucitada de Cristo en nuestro Bautismo y Confirmación. Pero sería un despropósito desconocer que seguir a Jesús, estos es, ser cristiano, en nuestra fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesucristo solo, aislado. El que cede a la tentación de caminar “por su cuenta”, o de vivir la fe según la mentalidad individualista, algo que predomina en la mentalidad individualista, corre el riesgo de no encontrar nunca más a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él.

La Iglesia madre nos acoge en la Pascua, con ella y en ella recobramos la alegría de Dios; en ella, como hijos, vivimos y anunciamos la buena nueva; en ella nos amamos y servimos mutuamente y nos apoyamos

como hermanos, al vivir el mandamiento nuevo de Cristo. El Aleluya renovado sólo lo cantamos bien en sinfonía, no cada uno cantando por su cuenta. María, la Virgen Madre acoge nuestro canto por el triunfo de la fe y el amor de Cristo hasta la muerte pero nunca sin resurrección. Feliz Pascua, hermanos.